

IRINA HAUSER

CON LA COLABORACIÓN DE ARIEL ZAK

MUERTA O PRESA

LA TRAMA VIOLENTA
DETRÁS DEL ATENTADO



 Planeta

IRINA HAUSER

MUERTA O PRESA

**LA TRAMA VIOLENTA
DETRÁS DEL ATENTADO**

Equipo de investigación:
Ariel Zak, Emilia Delfino y Franco Mattiello

Espejo de la Argentina  Planeta

1

La bala que no salió

Debajo de un gazebo blanco montado frente a una entrada alternativa del edificio donde vive la dos veces presidenta argentina Cristina Fernández de Kirchner hay un hombre parado en un costado. Está esposado, con los brazos hacia atrás. Tiene el pelo castaño oscuro, barba rala, lleva puesto un jean roto, campera de cuero y gorro negro de lana. Se nota que es joven. La policía lo dejó ahí adentro para evitar el asedio de las cámaras de televisión y para que nadie se le acerque. Con un pie, sigue el ritmo del cántico que afuera corea en un *loop* la multitud detrás del vallado: “¡Si la tocan a Cristina qué quilombo se va a armar!”. Pero él no es un militante cristinista ni peronista. Sus manos amarradas permiten adivinar un tatuaje en cada dorso. Son símbolos nazis. En la derecha tiene dibujado un martillo de Thor. En la izquierda, una cruz de hierro: esa mano fue la que utilizó para empuñar el arma que puso a pocos centímetros de

la cara de Cristina, ahora vicepresidenta y principal líder popular del país. Gatilló una vez, pero la bala no salió. Alguien vio que intentó corregir su maniobra, accionar la corredera, pero no lo logró.

Todavía es 1 de septiembre, ya cerca de medianoche, y está fresco. Su pie continúa un buen rato con la percusión en el pavimento de la calle Juncal, a una cuadra de la plaza Vicente López, en Recoleta, aun después de que lo hicieran desnudarse para verificar que no llevara explosivos adheridos a su cuerpo. La cara parece petrificada; el ojo derecho, ensangrentado. La Policía Científica está por hacerle una prueba de parafina para detectar restos de pólvora y tomarle las huellas dactilares.

Se llama Fernando André Sabag Montiel. El acta de su detención revela que tiene 35 años. Nació en Brasil y vive en Argentina desde los tres. Se presenta como remisero y vendedor de copos de azúcar. De ahora en más será “el hombre que intentó matar a Cristina”. Que estará preso quién sabe hasta cuándo, solo, aislado en un pabellón del penal de Ezeiza, donde no recibe visitas, ni siquiera la de su defensor oficial, porque no quiere ver a nadie. Cada tanto alguien de la Defensoría General o de Cáritas le llevará ropa. Según la descripción que ofrecerá de sí mismo pocas horas después de su detención, a las primeras personas que deben evaluarlo, dirá que él es el “hombre gris” de una de las profecías de Benjamín Solari Parravicini, conocido como el “Nostradamus argentino”. Ese artista habría vaticinado lo que ocurriría en el siglo siguiente, en el texto que acompaña uno de sus dibujos de 1941, a los que llamaba “psicografías premonitorias”: “La Argentina —decía— tendrá su ‘revolu-

ción francesa', en triunfo, puede ver sangre en las calles si no ve el instante del hombre gris”.

Sabag Montiel se había metido entre la marea humana que desde hacía diez días esperaba a Cristina, al atardecer, en las inmediaciones de su casa para darle apoyo. Se acomodó entre los militantes como si fuera uno más. Era algo que ya había hecho antes. Cerca de las 9 de la noche, cuando había logrado acercarse a ella hasta tenerla casi frente a frente, levantó una pistola Bersa calibre .32, modelo Lusber 84, e intentó disparar. Pero ningún proyectil ingresó a la recámara del arma. “Dios no quiso que muriera”, dijo en un examen psíquico, sin arrepentimiento.

El punto de partida de aquellas movilizaciones populares había sido el alegato del fiscal federal Diego Luciani, quien pidió doce años de cárcel para la vicepresidenta e inhabilitarla para ejercer cargos públicos de por vida. Era un juicio sobre supuestas irregularidades en obras públicas viales en la provincia de Santa Cruz, que había pasado desapercibido durante tres años de audiencias orales. La oposición política y los medios enfrentados con el kirchnerismo volvieron a prestarle atención justo cuando la fiscalía comenzó su último acto: nueve jornadas de enardecida exposición, transmitida por YouTube, para finalmente pedir que CFK, como llaman a la dirigente, fuera condenada.

El asesino fallido está convencido de que será sobreseído por “aclamación popular” y que el pueblo “lo sacará en andas”. Cree que gracias a él se llegó a una condena tres meses más tarde. Tiene conciencia del acto criminal que cometió y se jactó ante psiquiatras y

psicólogos de la notoriedad lograda. Su satisfacción parece dedicada al clima de odio exacerbado y violencia que reinaba al momento de estos hechos en sectores y fuerzas antipopulistas y antiperonistas. Fue la persona que se lanzó a materializar lo que otros agitaban con palabras amenazantes. Después del atentado, *Clarín* tituló: “La bala que no salió y el fallo que sí saldrá”.

* * *

“¡Tiene un fierro! ¡Tiene un fierro!”. Los gritos brotaban del tumulto. Marcelo Fernández, conocido como “Jirafa” por su metro noventa y cinco, agarró al tipo del pecho en una fracción de segundo, estrujó su ropa y tironeó para acercarlo hacia él. Le sujetó una mano con fuerza, pero no tenía nada. Lo palpó, y nada. Otros habían visto lo que él no. “Jirafa” era uno de los militantes que formaban un cordón todos los días para proteger a la vicepresidenta cuando llegaba a su casa. “¡No le peguen! ¡No le hagan nada!”, imploraba para que nadie tocara a Sabag Montiel. Tenía claro que estaba lleno de cámaras y que había que ahorrarse cualquier acusación o versión tergiversada de lo ocurrido.

Con una sincronización intuitiva y perfecta, Federico García, un robusto concejal del municipio Presidente Perón, atrapó a Sabag Montiel desde el otro costado. Tampoco había visto el arma. Pero estaba seguro de que debían entregarlo a la Policía Federal. Le pasó un brazo por delante, a la altura de los hombros. Al levantarlo con fuerza, la espalda del tirador frustrado casi rozaba su cara. Los pies le colgaban. Lo llevó a la vuelta, a la calle

Uruguay, y lo acorraló contra una pared con ayuda de otro compañero. En los interminables tres o cinco minutos que pasaron hasta que llegaron a buscarlo los agentes, no opuso ningún tipo de resistencia. Acomodó su cara inicial de desesperación y se tiró un lance con tono de falso enojo: “¡No hice nada, déjeme!”, “¡Soy compañero!”. García lo entregó a los uniformados pero no se quedó tranquilo. Por lo que pudiera pasar con Sabag y porque sería problemático que no apareciera la pistola, una prueba elemental.

Como si le leyera la mente, al regresar a la esquina un señor bajito, corpulento y de pelo blanco comenzó a indicar con efusividad que ahí, muy cerca del semáforo, había un arma en el piso. “Fede” García le puso el pie encima y pidió que fuera pronto alguien de la custodia policial. Había tanta confusión que el primero en llegar preguntó con fastidio, como quien reta a un niño: “¿Qué pasa?”. Excepto el propio Sabag Montiel, los pocos que vieron y avisaron a los alaridos que tenía “un fierro” y los camarógrafos que estaban arriba de un puesto de diarios, nadie comprendió lo que había sucedido hasta que se difundieron las imágenes por televisión y empezaron a llegar los videos a los teléfonos celulares a través de Whatsapp.

Cristina Fernández de Kirchner ni siquiera se había dado cuenta de que algo extraño pasaba. Acababa de llegar desde el Senado, se había bajado del auto gris y saludaba de cerca a la gente. Solo notó que alguien había revoleado un ejemplar de su libro *Sinceramente* para que lo autografiara y que cayó al piso. Guillermo Federico Gallo, uno de sus custodios, lo retuvo con su

pisada y ella se agachó espontáneamente para agarrarlo. Gallo le advirtió que debían salir de ahí pronto. “Es solo un libro”, respondió la vicepresidenta con toda la intención de quedarse ahí. Ninguno de los dos notó que justo cuando estaba por descender para recuperar el libro, el arma se acercaba a su cabeza. La mano de Sabag Montiel en primer plano con el tatuaje hasta la base de sus dedos.

* * *

Un recorrido personal, político y gremial de los últimos años de su vida había llevado a “Jirafa” a estar ahí. En el lugar indicado, en el momento justo. Con sus brazos tatuados: en uno el Che Guevara, en el otro Superman.

Poco después del final de su segunda presidencia, CFK había impulsado la creación del Instituto Patria, un búnker de formación política del kirchnerismo, que tiene como referente a Oscar Parrilli, su exsecretario presidencial y exdirector de la Agencia Federal de Inteligencia (AFI). Está ubicado en una casona antigua en Rodríguez Peña 80, a metros de la Plaza de los Dos Congresos. Apenas se ingresa hay una imagen gigante de Néstor Kirchner, presidente entre 2003 y 2007, de quien Cristina enviudó el 27 de octubre de 2010. Desde abril de 2016, cuando fue inaugurado, ella lo adoptó como lugar de reunión y trabajo. Tiene una amplia oficina propia en el primer piso con vista a la calle, llena de cuadros de todos los colores y tamaños, imágenes de Evita y líderes latinoamericanos, libros y recuerdos. Entre ellos se destaca la máquina expende-

dora de boletos de colectivo de su papá, que fue chofer.

“Jirafa” había trabajado desde 1992 en la empresa Intercargo, que asiste a las líneas aéreas en los aeropuertos, donde fue desde maletero hasta señalero. Empezó a colaborar con “El Patria” de manera voluntaria, a partir del día en que fue a llevar un cuadro de regalo del gremio al que pertenece, la Asociación del Personal Aeronáutico (APA). Era una remera enmarcada y con vidrio que decía: “APA no boicotea, banca”. CFK eligió un lugar para colocarla a la vista, en una pared cerca de donde termina el hall, en un pasillo que desemboca en un salón-auditorio. Además de organizar charlas y eventos, “Jirafa” —fortachón, moreno con barba y pocas canas a sus 53 años— asumió la función de cuidar a la expresidenta, que se había quedado con una custodia policial pequeña, con la que él entabló una relación cuasi cooperativa.

Eran los inicios del gobierno de Mauricio Macri que, en las antípodas del kirchnerismo, venía a manejar el país con lógica empresarial, contraria a la distribución de la riqueza y regresiva en las políticas de derechos humanos, sociales, laborales, de las mujeres y de toda índole. Para eso, apostó a asegurarse la pleitesía no solo del poder económico sino de un sector amplio del Poder Judicial. Con ese norte, su primer paso fue intentar nombrar dos jueces de la Corte Suprema por decreto. El rechazo masivo y dentro de su propio equipo a esa medida lo obligó a enviar los pliegos al Senado, pero igual logró su objetivo. Era, a la vez, el inicio de una ofensiva judicial contra Fernández de Kirchner que escalaría durante los cuatro años de gobierno.

Unos cuantos jueces federales se sentían tan cómodos durante el macrismo que fueron a jugar al fútbol y al paddle a la residencia presidencial de Olivos, o entraban a la Casa Rosada como si fuera lo más habitual del mundo. Los visitantes más asiduos fueron integrantes de la Cámara Federal de Casación Penal, máximo tribunal penal del país. La alianza de Macri con un sector de la Justicia y algunos grandes medios de comunicación fue la base de la estrategia de desgaste sobre la expresidenta para obturar su regreso al poder y su liderazgo expansivo. Así, empezaron a proliferar y avanzar a una velocidad inusitada causas judiciales en su contra. Una muestra de lo que sucedía la dio un ya fallecido juez, Claudio Bonadio, quien la citó a ocho indagatorias, en distintos expedientes, en un mismo día. “Jirafa” estuvo al lado de CFK casi todas las veces que debió presentarse en los tribunales de Comodoro Py. Pero hubo una en particular que para él marcó un antes y un después, y que traza una parábola entre ese día y el del atentado. Fue la primera ocasión en la que sintió que la había protegido.

Cristina debía declarar como imputada, citada por el juez Julián Ercolini, en el caso de las obras viales en Santa Cruz, el mismo que transitaba su recta final el día que Sabag Montiel trató de asesinarla. Se presentó en la mole de cemento donde están los juzgados de Retiro, el 31 de octubre de 2016. Cientos de manifestantes fueron a darle aliento y respaldo. La esperaban afuera mientras la Policía Federal, por entonces bajo el mando de la ministra Patricia Bullrich, se acomodaba con ansias de reprimir. Los efectivos empezaron a tirar pata-

das entre la gente amontonada cuando la expresidenta ya se había subido al auto para retirarse, después de saludar y agradecer agitando los brazos. Algunos empezaron a lanzar piedras. “Jirafa” apoyó su antebrazo sobre la ventanilla del lado de Cristina, un recurso que solía utilizar. Ahí advirtió que la escena era amenazante, porque los cascotes volaban erráticamente, algunos hacia el vehículo. Cuando se dio vuelta descubrió que la expresidenta se había bajado. Desplegó su enorme cuerpo para cubrirla.

—¡Péguenme a mí, cobardes! —empezó a gritarles ella a los uniformados.

Al día siguiente, “Jirafa” volvió a verla en el Instituto Patria. Nunca habían intercambiado más que saludos formales.

—¿Cómo estás vos? —lo sorprendió CFK con la pregunta.

—¿Yo? —quiso confirmar él, desorientado.

—Gracias por lo que hiciste ayer —sonrió la exmandataria.

—Como dijo Néstor (Kirchner): siempre para cuidarla —fue la respuesta.

Casi seis años más tarde comenzaba a cerrar un círculo. Algo se repetía: la militancia y muchas otras personas surcaban las calles de Recoleta. Reaccionaban a la exaltada acusación del fiscal Luciani, que era reproducida en miles de pantallas y en cercanía de una sentencia cantada. El caso “Vialidad”, como lo nombraban los medios de comunicación —porque de la Dirección de Vialidad del gobierno de Macri había salido la denuncia central—, tenía todo para convertirse en la primera con-

dena contra Cristina Fernández de Kirchner. Sucedió en un momento particular: otros expedientes se caían a pedazos, cuestionados por la falta de pruebas o la inexistencia de delitos, por tribunales que se diferenciaron de la ola acusadora. Pero, además, era la antesala de un año de elecciones presidenciales.

* * *

“Fede” García también había llegado al lugar indicado, en el momento justo. E incluso antes. A sus 40 años, además de concejal bonaerense es secretario de organización a nivel nacional de SATSAID, el sindicato de televisión que, junto con otros gremios de la Corriente Federal de Trabajadores, estuvo siempre cerca de CFK, más aún después de su última presidencia. El inicio de su militancia se remonta a los 17 años, en el Club 25 de Mayo del barrio donde sigue viviendo, en Guernica. Su historia en el movimiento obrero había arrancado en 2001, cuando entró a trabajar como técnico instalador de la empresa DirectTV.

Hubo un hecho puntual que llevó a los primeros militantes a Juncal y Uruguay, el 22 de agosto de 2022, cuando el fiscal Luciani y su colega Sergio Mola terminaban su pedido de pena por asociación ilícita ante el Tribunal Oral Federal 2. Un grupo de supuestos vecinos y vecinas fueron a rodear el domicilio de CFK con consignas violentas e insultos incesantes. Una mujer amenazaba con la punta de un paraguas, otras personas se mostraban decididas a golpear a la vicepresidenta si la veían llegar. No era la primera manifestación de esas características

en ese lugar, pero había crecido la concurrencia en relación a las convocatorias anteriores, en las que se destacaba la presencia de mujeres de avanzada edad que hacían sonar la marcha militar.

Algunos de los gremios más cristinistas se declararon en alerta y la Corriente Peronista 13 de Abril, liderada por Walter Correa —secretario general del Sindicato de Obreros Curtidores, y para ese entonces ministro de Trabajo de la provincia de Buenos Aires—, organizó un esquema de seguridad. Comenzaron a comunicarse entre grupos sindicales, que se sumaron uno tras otro. Percibían un clima enrarecido. Tomó las riendas también La Cámpora, mientras llegaban al lugar otros sectores de la militancia, como la Agrupación Lealtad y el Frente Social Peronista.

García se sumó a las guardias y pasó horas atento, sentado en el coqueto bar de la esquina, junto con otros compañeros, adonde sola llegar, en esos días particulares, a las tres de la tarde. Desde el ventanal vio de todo, en especial un despliegue constante de policías de la Ciudad de Buenos Aires (del gobierno de Horacio Rodríguez Larreta, refractario al kirchnerismo), que, a sus ojos, parecían espiar más que cuidar. En lugar de monitorear a los ciudadanos y ciudadanas que destilaban gestos amenazantes y mensajes de odio contra CFK, les estaban encima a los militantes cristinistas. Algunos de civil les sacaban fotos; otros vestidos de obreros repetían todos los días el mismo trabajo; hubo quienes pintaron varias veces el mismo puesto de diarios; entre la muchedumbre había agentes de tránsito y controladores urbanos cuya misión era incomprensible.

Federico jamás imaginó, aun en ese contexto perturbador, que aparecería un hombre decidido a asesinar a Cristina, que él lo atraparía con sus propias manos y que lograría evitar que se escapara.

Aquello que había comenzado como una guardia de sectores sindicales y jóvenes “camporistas” para cuidar a la vicepresidenta se convirtió en un masivo acto de todos los días con cientos de manifestantes. Esas movilizaciones duraron once días, en muchos de los cuales ella repetía el ritual de bajarse del auto y acercarse a la gente a saludar mientras caminaba hasta la entrada de su casa. Para que pudiera hacer ese trayecto, los militantes generaban un corredor. Ahí estaban “Jirafa” y “Fede”, como eslabones cruciales de esa cadena protectora. Donde hacía falta que estuvieran.

Hubo medios de comunicación que hablaron de ellos en los días posteriores. Se los veía en varios videos. A “Jirafa” le quedó una satisfactoria sensación de que tendría algo importante para contar a sus siete nietos, y por el resto de su vida a quien quisiera escucharlo. Sus compañeros querían fotografiarse con él. Sus “amigos de la vida” lo aplaudían cada vez que se juntaban a comer asado cada quince días.

A Federico, junto con las felicitaciones y el agradecimiento que recibía todo el tiempo desde aquel entonces, le tocó atravesar situaciones agresivas que pintan la facilidad con la que se reproducen discursos que promueven la violencia y la deshumanización. La peor tuvo que enfrentarla cuando estaba de vacaciones en Santa Teresita. Una mujer lo reconoció mientras paseaba por la peatonal y lo encaró: “Por culpa tuya esa hija de puta

sigue viva”. Se quedó helado. Su foto con una remera con un enorme escudo peronista había paseado por todos los canales de televisión mientras algunos comunicadores la mostraban despectivamente. Después de eso lo marcaron en un shopping como “el que cuidaba a la yegua”, pero a esa altura ya le parecía algo menor.

* * *

“Yo no entiendo nada. Fue como un flash. Como si apagaran la luz”, les dijo Sabag Montiel a los primeros médicos legistas y psiquiatras que vio a la madrugada, casi ocho horas después del intento de asesinato. Les aseguró —ante la consulta— que no consumía drogas ni alcohol. Luego tendría entrevistas sucesivas con un equipo interdisciplinario y su defensor oficial, Juan Martín Hermida.

—¿Querías hacer lo que hiciste y fallaste? —le preguntaron.

—Sí, pero no importa —contestó.

—¿Cuál era el plan de fuga? —le insistieron.

—No había ninguno —fue tajante.

Al comienzo no quería hablar del intento de magnicidio que había quedado a la vista —literalmente— de todo el mundo, ya que las imágenes de ese instante viajaron por todo el planeta. En cambio, pedía que fuera identificado el hombre “morocho” y “petiso” que lo había golpeado, como si eso pudiera ayudarlo en algo. “No fue la policía”, remarcaba. Tenía apenas unos raspones.

Cuando aceptó decir algo más en ese mismo ámbito, que no es el de una declaración judicial como imputado,

describió lo que había hecho: “El acto fue simple. Es más simple de lo que todos creen. No me dijo nadie. No tiene tanta mística. Estoy muy tranquilo ahora”. Pretendía, según explicó, “ajusticiar a una chorra” y generar una “reacción en el pueblo”. Repetía palabras y conceptos que tomaba de la televisión, que vomitaban sin filtro dirigentes políticos de la oposición y que se venían reproduciendo hasta ese día en encuentros y redes sociales de grupos extremistas. Él creía que había cumplido su misión y no importaba cómo había terminado.

Cristina, en cambio, está convencida de que las cosas fueron distintas. Que Sabag falló y no había plan de fuga porque no lo necesitaba. Si la bala hubiera salido, se habría podido escapar en medio de la conmoción y podría haber huido a Brasil, país del que es natural y no extradita a sus ciudadanos. Además, sospecha que le prometieron plata y, por ende, que hubo alguien detrás.

El perfil de “Nando”, como apodan al asesino fallido sus conocidos, es el de un vanidoso que quería hacerse notar para complacer a ciertas personas que lo rodeaban y que replicaban ese discurso de violencia extrema, a menudo dirigido contra el kirchnerismo. Entre ellas había alguien en particular que estuvo con él en Recoleta cuando intentó abrir fuego. En el momento nadie advirtió su presencia, pero había tenido un papel fundamental. Tal vez determinante.